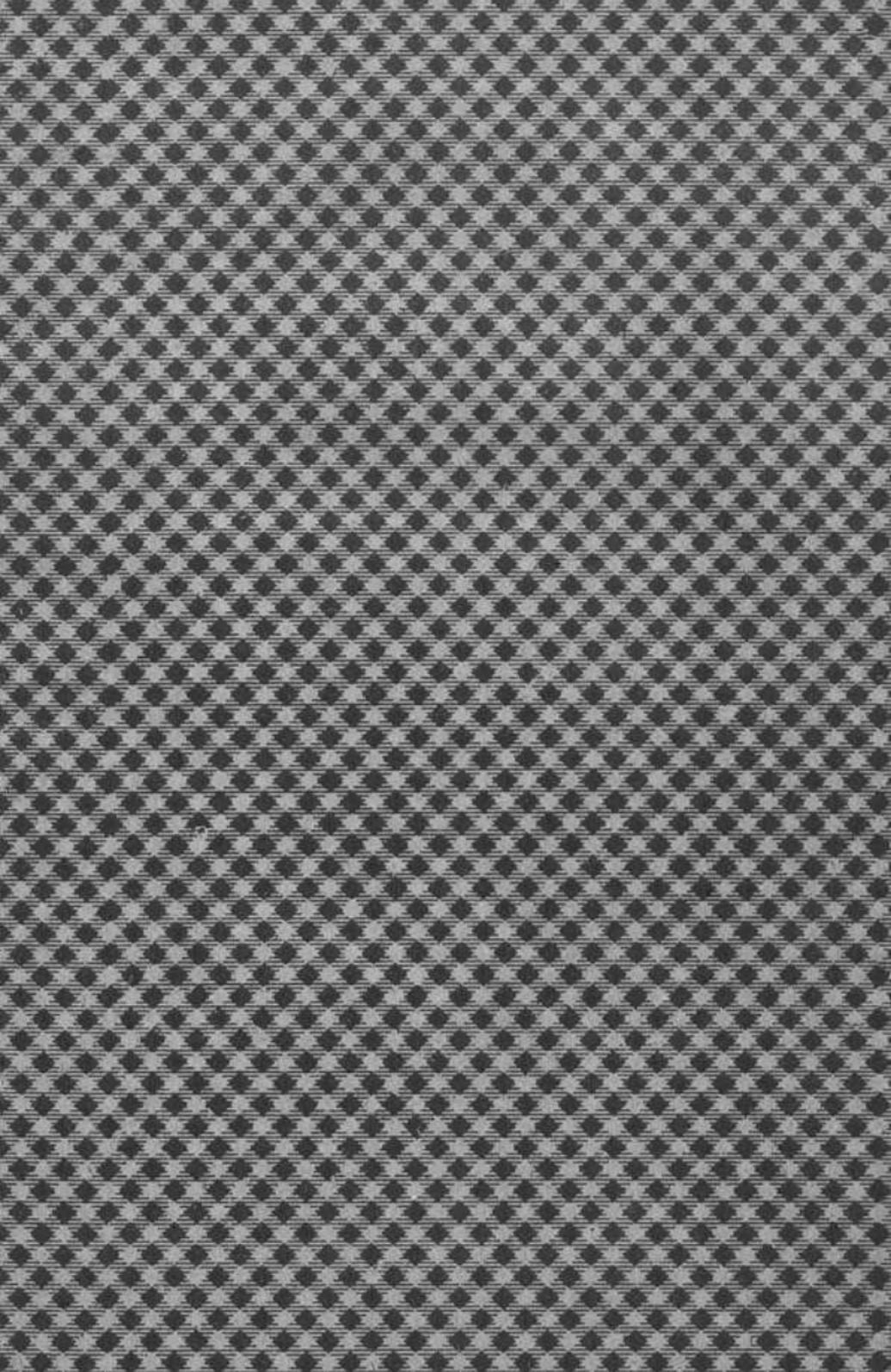


77





Had

UN PARRANDA

Bajonazos al idioma

≡ MOJIGANGA DE
CRÍTICA ECONOMICA



IMP. M. PAU. - VALENCIA

50 CÉNTS.



Bajonazos al idioma



Bajonazos ||

|| **al idioma**

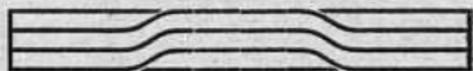
Mojiganga de crítica
económica, por ≡≡≡

UN PARRANDA



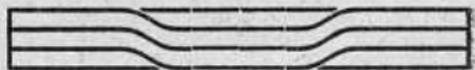
1908 ☞ Establecimiento Tipográfico de
Manuel Pau ☞ Cuarte, 25, Valencia ☞





= RENUNCIA =

Por diferenciarse de los plagiarios, el autor de este « pobre, pero honrado » folleto, no se reserva el derecho de propiedad. *Qui potest capere capiat.* (Lo digo en latín para que no se entere el interesado.)



Bajonazos al idioma

I

Una corrida... en pelo

SEIS TOROS DE
MIURA * * * *

Fuentes, GALLAR-
DO y Bombita * *

«Hace unos días aparecieron las calles de Valencia llenas de *Sangre y Arena*. Como hemos entrado en el verano y la descomposición de la *Sangre* puede dar origen á una epidemia, y los montones de *Arena* son causa de polvo en días secos y de barro cuando caen cuatro gotas, rogamos al Alcalde que llame la atención del inspector de Sanidad y del contratista de la limpieza pública para que cumplan con su deber.»

(Gacetilla que debía de publicar cualquier periódico.)

Ocurren con Blasco Ibáñez y con sus libros cosas inexplicables.

Cuando todos esperábamos que se cortara la coleta en vista de las pocas contratas que tiene, es cuando se decide á vestir el traje de luces y á echarse á la arena; y cuando la anemia es la característica de sus libros, desaparece de las cubiertas el papel

amarillo y aparece el cromo chillón, rojo, azul y verde.

Es verdaderamente incomprensible que los críticos no hablen de los libros de Blasco. Si acaso dicen algo, lo hacen por tabla: que son muy buenos... aunque con incorrecciones, con impropiedades...

Mientras los maestros se deciden á manejar el escalpelo, sea permitido á un *Parranda del Circo de las letras* entretener sus ocios en el examen de la última novela del notable, famoso y eximio novelista D. Vicente Blasco Ibáñez.

—

Sangre y Arena, según quiere Blasco, es una «novela sobre las corridas de toros».

Este *sobre* está de *sobra*. Sobre no significa en buen castellano lo que Blasco desea.

El héroe de la jornada es Juan Gallardo, matador de toros, á quien Blasco coloca entre *Fuentes* y *Bombita*; pero que por sus trabajos no pasa de un maleta.

Con estos antecedentes vamos á comenzar la lectura.

Al primer tapón, zurrapas.

En la línea cuarta de la página primera dice: «Había *que* conservarse sereno.»

La Academia y los gramáticos ordenan esta construcción: «Había de conservarse...» Comience Blasco la conjugación, y si tiene el oído medianamente educado, verá que di-

suenas: Yo he *que*, tú has *que*, él ha *que*. ¿Estamos de acuerdo en que se ha de decir yo he *de*, tú has *de*, él ha *de*?

Pues, adelante.

«Café negro y espeso.» El café no es negro; es del color que su nombre ha dado lugar. Podrá ser más claro ó más obscuro, pero siempre será el café de color... café.

«Encendió un cigarro, quedando...»

Es un mal gerundio. Se dice «y quedó».

«Venía á alojarse.» Muy armonioso.

«Le adoraban como una gloria del establecimiento.»

Vayamos por partes. Si la gloria esa era Gallardo, se debe escribir: «le adoraban como á una gloria».

Un torero será una gloria del arte, de la tauromaquia, de lo que se quiera; pero nunca de un establecimiento.

Podrá llamarse gloria del establecimiento al «Senyor Esteve», el de *L'auca* de Rusiñol, que dedicó todos sus afanes á *La Puntual*, y también podremos llamarle así á D. Benito Pérez Galdos, porque es un tendero de libros muy acreditado.

«De vez en cuando.» Este modo adverbial no es así; se dice «de cuando en cuando» desde Cervantes hasta nuestros días. Y en esto de los modos adverbiales sucede como en el cuento del huevo del chico: se tiene la libertad de tomarlos como los dan, ó de no tomarlos.

«Sus claras entrañas de gota de agua.»
He aquí dos versos de seis sílabas:

«Sus claras entrañas
de gota de agua.»

Bien medidos y bien acentuados. ¡Como que le han salido sin querer! Para versos nos sobra un asonante, *claras*, y como prosa nos parecen demasiados tres asonantes en siete palabras: *claras, entrañas, agua...*

Luego no pasan los versos... ni la prosa. Vamos á examinar la frase desde otro punto de vista. Se trata de un brillante en el que «arden con mágica combustión sus claras entrañas», etc.

Los diamantes, como los políticos, no tienen entrañas. ¡Son así...! ¡Qué le hemos de hacer!

El agua no puede arder aunque sea en mágica combustión. El diamante refleja la luz con mayor potencia que el agua. Luego la frase es desdichadísima por todos conceptos.

«Los zapatos de piel de Rusia, *dejando* al descubierto... los calcetines.» Otro gerundio impropio. Enmiédese Blasco, porque de lo contrario le van á llamar por ahí «el chico de los gerundios».

Acuérdese del cantar

«Por un perro que maté
mataperros me llamaron.»

Y usted ha matado toda una jauría de gerundios.

«Perfumes ingleses, suaves y *vagorosos*.»

¿Qué es *vagoroso*? Pues un *mote* que acaba de inventar Blasco para deslumbrar al público con su léxico.

«El entusiasmo de aquellas gentes iba unido á *remotas* memorias.»

La memoria es presente, aunque se refiera á hechos remotos. ¡Qué ganas de dislocar el lenguaje!

«Las reseñas que había leído en los periódicos *narrando* sus triunfos.»

Que no, hombre, que no; leería mal y narraría peor, porque ambas cosas á la vez no se pueden hacer bien. Ya sé que usted ha querido decir «los periódicos que narraban sus triunfos»; pero los malditos gerundios le salen al paso y no le dejan escribir á derechas.

Los revisteros taurinos son, según Blasco, «de mísero pelaje y cara famélica», «gentes de problemática profesión» que asedian á *Gallardo* con peticiones de billetes.

«Ahora que los revisteros se las entiendan con él.»

Luego aparece un niño «con un hocico rojo». Con uno nada más, aunque tal vez no sea rojo por lo que el lector verá más adelante.

Sabíamos que los baturros, los días de ha-

cienda, llaman *morros* á los labios; pero no habíamos oído decir nunca que los ahijados de los toreros tengan *un hocico*.

Otro gerundio en danza: «Cuando empezaba la carrera, *guardando* al padre...»

«Y guardaba», ó «por lo que guardaba». Cualquier giro antes que *guardando*.

«Los pilluelos con los paquetes impresos *bajo* el brazo.»

Diga usted «debajo del brazo» y quedará corriente la frase. En castellano decimos «*debajo* del brazo, *debajo* de la mesa».

Bajo es otra cosa: «Lo guardo *bajo* llave, está *bajo* la tutela».

¡Qué cosas hay que enseñar á estos maestros!

«La *avalancha* de los admiradores.»

¡Hombre! ¿Escribir de la fiesta española,

«que viene de prole en prole»,

con galicismo?

«Le hizo rebuscar en el bolsillo... *sacando*.»

Ya está visto; cada gerundio es un tropieza.

«Una abundancia escandalosa.»

Lo niego. Lo probaré con un silogismo de lógica barata.

Lo que abunda no daña.

Es así que el escándalo daña.

Luego la abundancia no puede ser escandalosa.

«Tripajes», «borlajes».

¿De dónde habrá sacado Blasco estos
ajes? Ah, sí; de *El Tenorio Modernista*:

«Juan.—¿Y qué me das de yantar?

Estat.—Ahí, *fuegaje*; ahí, *cenizaje*.»

¡Quién le había de decir al ingenioso Pa-
rellada que su glauca obrita había de formar
parte de la biblioteca de autoridades!

«La *camaradería* juvenil!»

Camará, y cómo escribe el maestro.

«*Boñigas* revueltas con sangre.»

¡Uí! ¡Tapa, tapa!



¡Eh, á la plaza!

Como si las incorrecciones no amenizaran sus novelas, Blasco Ibáñez, á imitación de Cervantes, intercala anécdotas en sus libros.

Vaya la primera:

«—¡Mardita sea! ¿Pero es que no sabes na de las cosas del oficio? ¿Es que vienes de segar?... Corría en Madrí, toros de Miura, y me pones traje ROJO, el mismo que llevaba el pobre Manuel el *Espartero*. ¡Ni que fueras mi enemigo, so sinvergüenza! ¡Paece como que deseas mi muerte, malaje!... ¡Torear en Madrid con traje ROJO después de lo pasado!...»

Van ustedes á ver como es chirle la erudición de este novelista. Todo lo dicho es hablar por no callar.

El desgraciado Manuel García, *Espartero*, que falleció en la plaza de Toros de Madrid el 27 de Mayo de 1894, víctima del

toro *Perdigón*, llevaba el día de la cogida traje de oro y VERDE.

Así lo dice D. Mariano del Todo y Herrero, testigo de la desgracia, en *La Lidia*, número correspondiente al día 3 de Junio del propio año.

Y por si esto no fuera suficiente, tenemos otro testimonio: *La Lidia*, correspondiente al 10 de Mayo del año citado, publicó en sus planas centrales un retrato del *Espartero*, dibujado por Daniel Perea, en el que aparecía el diestro de oro y VERDE.

Créame el Sr. Blasco: lo más acertado es no escribir de lo que se ignora.

«Se despojó de su traje, *quedando* en ropas menores»; «abrió un saco, *sacando* un neceser».

Por lo que ven ustedes, este hombre no se apea.

El Dr. Ruiz, el médico de los toreros, tenía «una barba *en collar*» (!) de «un blanco sucio y amarillento».

Vamos, que ya no era blanco, con la suciedad y la amarillez.

«Todo lo cual le *daba lejana semejanza* (¡qué oído!) con la cabeza de Sócrates.»

Apostaría á que Sócrates no llevaba barba «en collar», y daría cualquier cosa por tener una barba de esas, sólo para saber cómo son.

El *Gallardo* iba á vestirse, y su mozo de estoques, *Garabato*, le ofreció los *calzones*.

Los calzones de un torero se llaman *taleguilla*, amigo Blasco.

Ponerse la faja es cosa difícil. Tan difícil, que *Gallardo* y *Garabato* andaban en tan delicada operación cuando Blasco se hizo un llo.

Verán ustedes: «Fué aproximándose al criado, mientras la faja, sostenida por éste, se arrollaba á su cintura». ¿De quién era la cintura?

La faja se ajustaba al talle del matador «lisa y como de una *pieza*».

El matador llevaba en la cintura «toda la *pieza* de seda».

Las vestiduras del maestro estaban convertidas «en una sola *pieza*».

«Casi toda la *pieza* desaparecía bajo la gruesa capa.»

El oro de la chaquetilla llegaba hasta los bordes «de la *pieza*».

Todas estas *piezas* las he cobrado en un paseo de corta duración.

Así se escribe, maestro; lo demás son... *girindolas*, como usted dice.

Por cierto que en la última *pieza* escribe: «El oro se prolongaba hasta *en* los bordes de la *pieza*.»

«En el curso del viaje *rotatorio*, *Gallardo*, escrupuloso y descontentadizo en el arreglo de su persona, detenía su movimiento de *traslación*.» Luego *Gallardo*, como la tierra, tiene dos movimientos: el de rotación y el de

traslación. Las cosas se dicen con claridad y sin engaños.

La chaquetilla de *Gallardo* era «fulguradora de luz». Por lo visto también se podrá fulgurar obscuridad. Siempre se aprende alguna cosita, leyendo á estos novelistas eminentes.

Además de ser *fulguradora de luz*, estaba «llena de áureos bordados y de arambelles del mismo metal».

La frasecita «del mismo metal», desde que la puso en ridículo D. Cástulo, el célebre personaje de *Mariana*, nadie se atreve á emplearla, por cursi. Se lo advierto para que no la suelte otra vez.

En los bolsillos de la chaquetilla de *Gallardo* «asomaban las puntas de dos pañuelos ROJOS». Está visto que á Blasco todo se le antoja rojo. Un hocico rojo; el traje del *Espartero*, rojo; los pañuelos, rojos.

Pues no son rojos: son blancos.

«Una montera rizada.» No tenemos osas de esa clase.

La capa es un «manto principesco». En efecto: ni es manto ni principesco. El manto, por regla general, es más largo, y el principesco pertenece al *argot* del borlaje, tripaje, rizado, etc.

«*Garabato* se metió bajo un brazo.» Ya convinimos en que es *debajo*.

«Estaba pálido, con una palidez.» En la definición no debe entrar lo definido. Esto lo saben los chicos de la escuela.

«Procuraba librar su traje de *sucios contactos*.» «Manotazos y empellones para salvar su traje de *sucios contactos*.»

¿Quedan por ahí más «sucios contactos»?

«*Garabato* se había izado ya en el pescante.» Izar es.

«En el interior estaban tres toreros con la capa sobre las rodillas *vistiendo* trajes de colores.» No tiene enmienda.

Seguía al coche «una manga de golfos», pero el carruaje partió por la cuenca de «un río de carruajes», con tal velocidad, que hizo un corte de «manga de golfos», y llegó á la plaza sin que le siguiera uno de éstos.

Pase la palabra «simiesca» al archivo de las tonterías humanas.

Las chaquetillas de los picadores han ascendido al empleo inmediato superior, por gracia de Blasco: ya son chaquetas.

Mi más cordial enhorabuena á las agraciadas.



III

La lidia

Pronto llegaremos á la plaza, amigos.

Comienzan á pasar «los picadores, *llevando encogido á la grupa*». Prometo no detenerme en ningún gerundio, porque sería el cuento de nunca acabar.

Llevan, pues, «encogido á la grupa *«una especie»* de diablo». Parece que Blasco va buscando todas las ridiculeces. ¡Cuidado que es frase desgraciada *una especie!* ¡No se burló poco de ella Valbuena!

«Una especie de diablo vestido de rojo, el *mono sabio*.» No, señor; el diablo rojo, lleva de este color todo el traje, y los *monos sabios* sólo llevan de este color la blusa, que es corta y va ceñida á la cintura. Cuanto más, llevan gorra roja.

La Puerta de Alcalá se destaca «*sobre el espacio*». Bien va.

Los balcones de esta calle están «negros de gentío», que debe ser un color muy fuerte.

Dejo la «avalancha de carruajes» para presentar á ustedes al *Nacional*, banderillero de *Gallardo*, su peón de confianza. «Era famoso entre la gente del oficio.» ¿Creerán ustedes que sería por su valor, por sus conocimientos en el arte de Montes, por su agilidad?... Pues nada de eso; este torero era famoso «por su bondad, su hombría de bien y sus entusiasmos políticos», tres condiciones muy apreciables, pero que nada tienen que ver con la tauromaquia.

Esto me recuerda que cierto espectador del Español, preguntó á un crítico:

—¿Qué opina usted del actor Díaz de Mendoza?

—Muy elegante.

—No, no me refiero á eso.

—Es muy rico.

—Quiero saber...

—Es el esposo de María Guerrero.

Y de ahí no le sacó.

Algo de eso le pasa á Blasco.

Sus partidarios dicen: ¡Es un artista!

Los literatos exclaman: ¡es un revolucionario!

Por todo esto habrán podido comprender los lectores que *Nacional*, entre los del oficio, sólo era un político, y entre los políticos se le consideraba como un banderillero.

En efecto, era un banderillero malo. Tan malo, que cuando banderilleaba le gritaba el público:

«—¡Menos política y *arrimarse* más!»

Esto mismo hay que decirle al señor Blasco: «Menos política y más gramática.»

¿Serán ustedes capaces de aguantar unos zumbidos?

Pues allá van:

«Llegó hasta él el *zumbido* de la muchedumbre.»

«Una explosión de curiosidad hinchaba el sordo *zumbido* de la muchedumbre.»

«De pronto un prolongado *zumbido*.»

«Un *zumbido* armonioso llegaba hasta allí.»

«El *zumbido* armónico y confuso se agrandó ahora.»

«La muchedumbre se agitó con *zumbido* de emoción.»

Para desengrasar, vayan unos rugidos:

«Un *rugido* informe salía de ciertos grupos.»

«*Rugía* la música.»

«Un *rugido* de la muchedumbre.»

«Volvió á repetirse el pase con igual *rugido* del público.»

«¡Ole!, *rugieron* los entusiastas.»

Pero no siempre repite nuestro hombre. Es variado cuando quiere.

Por ejemplo:

«Una palidez... lívida», el «barniz de la emoción»; toreros «empequeñecidos»; un rondel «de éter azul»; un «cráter de ladrillo».

¡Ah! También sabe escribir *barahunda* con *h*.

Ya hemos visto cómo anda en cuanto á las letras se refiere.

Pues en asuntos de tauromaquia está completamente en ayunas.

Muestras sin valor.

«Era un torero que prometía *hule*, según expresión de los aficionados; y el tal *hule* era el de las camas de la enfermería.»

El público no sabe si en las camas de la enfermería hay *hule*; se refiere el tal *hule* al de las parihuelas.

«Al llegar la suerte de banderillas (en el segundo toro, que le corresponde á nuestro maleta), *Gallardo* quedó *entre barreras* esperando el toque de matar.»

Todos los aficionados saben que eso no es verdad; el matador descansa en el redondel, junto á la barrera, pero no «entre barreras».

«Lió la muleta con movimiento circular de su mano... y elevó la diestra *á la altura de los ojos*.»

«Con la muleta baja, llevándose la empuñadura del estoque *junto á los ojos*.»

No entiendo de toros gran cosa, y me he de apoyar en autoridades.

En *La Tauromaquia*, de Leopoldo Vázquez y otros dos, publicada bajo la dirección técnica de Rafael Guerra, *Guerrita*, se dice:

«El espada, en el momento que el toro

esté igualado y en condiciones para entrar á matar, se situará en su rectitud, perfilado lo suficiente y á una distancia relativa á las condiciones del animal, con el brazo de la espada hacia el terreno de afuera y *la mano á la altura del centro del pecho, formando el brazo y el estoque una misma línea para dar más fuerza á la estocada...*»

Un tal Francisco Montes, en su *Arte de torear*, también dice: «y la mano de la espada delante del medio del pecho... el codo estará alto y la punta de la espada mirando rectamente al sitio en que se quiera clavar».

Describe Blasco á *Fuentes* cuando parea un toro, y no dice nada de quiebros, ni de cambios, ni de intentos siquiera. Se limita á decir: «Marchaba hacia el toro con majestuosa tranquilidad (en los tiempos que corremos el adjetivo es impropio), clavando los palos de colores *en el cuello* de la sorprendida fiera».

¡Vaya!; ¡ese no es el *Fuentes*!

Gallardo termina un lance, tocando con el pie el hocico del toro, y eso no es de matador.

También dice Blasco que *Gallardo* se limpia el sudor y bebe agua. Los toreros se refrescan la boca, hacen gárgaras, pero no beben agua.

Afirma Blasco que *Gallardo*, cuando cree llegado el momento definitivo, «se cuadra»

para entrar á matar. El que se cuadra es el toro; el diestro se perfila.

Toda la faena de *Gallardo* es desdichada. A toro parado intenta colocar tres pares de banderillas y sólo consigue clavar dos y «fuera de sitio». Sufre toda clase de achuchones, desarmes, revolcones, etc.

Y este *Gallardo*, tan mal torero, al lamentar los compañeros sus desdichas, exclama en desgachado andaluz:

—«Ca uno sale como puede, con su *habilidad...*»

Este andaluz *fulero* es capaz de decir *Bilbado*.

Ya estoy aburrido, señores. Y eso que sólo he llegado al fin del primer capítulo. Bien es verdad que tiene 59 páginas... mortales de necesidad.



IV

El parto de los montes

«Al que de Blasco 's burla
El Pequeño Belcebú li furga.
Tantes burlaes,
Tantes furgaes.»

Tengo el sentimiento de manifestar á los lectores que mis artículos no han sido del agrado de *El Pueblo*. ¡Miel sobre hojuelas, como quien dice!

Shylock, el famoso Shylock, sufrió mucho al leerlos.

—¡Hay que contestar á ese *Parranda!*
¡Confundirle, triturarle!

Entonces fué cuando

Con varios ademanes horrorosos,
los montes, de parir dieron señales.

¿Y quién le pone el cascabel al gato?
Todos renuncian tal honor. Nadie se atreve
á cargar con el mochuelo.

Y cuando Shylock exclama:

«¡Quién supiera escribir...!»

aparece *Cantaclaro*, el forzoso *Cantaclaro*, el inevitable *Cantaclaro*.

—«Escribidme una carta, señor Cura.»
Se ultimó el trato, y

Consintieron los hombres temerosos
ver nacer los abortos más fatales.

Nuestro Zoilo se apercibe á la pelea. Se viste con el traje de «Pequeño Belcebú», así, á la francesa, para despistar, y

Después que con bramidos espantosos
infundieron pavor á los mortales,

porque el pobre diablo no podía justificar los desaliños de Blasco Ibáñez, señalados por mí, se dió una palmada en la frente, exclamando: ¡Eureka!

Ya que no puedo defender á Blasco, porque sus obras son incorrectas, probaré que *Un Parranda* escribe muy mal.

Sé que un trabajo periodístico, hecho *calamo currente* no es una obra literaria; que el *Parranda* no es el maestro, pero...

Estos montes que al mundo estremecieron.
¡Un ratoncillo fué lo que parieron!

¿Qué ha de decir quien llama á Josué hijo de Jacob; quien vé jesuitas con «sendas» patillas, escribe en latin *diavolo, gutta cavat lapida, consumatum est*, y en castellano, matrimonio «canónigo», etc., etc.?

Comenzó por construir unos párrafos,

De estilo fanfarrón y campanudo,

para decir cuatro majaderías, que no tienen ni el mérito de la novedad, con insultos, pretendidos insultos en vez de razones, y para confirmar que Blasco, en efecto, ¡ay! escribe con los pies.

Porque no otra cosa dicen los desenfadados de estilo», la «insumisión á la didáctica», las «rebeldías antológicas, cuya observancia debilita»...

Pero había de hacer como quien hace, y contestar á los «desplantes y bizarrías y desafueros, y nadie...» de ese sacristán que oculta su cabeza, su cabezota, «*tras* el seudónimo taurino de *Un Parranda*, especie de barrera *tras*».

¡Tras, tras!

Shylock no ha quedado satisfecho de la diablura del «Pequeño Balcebú».

Porque todo lo que éste ha dicho con sus «Y si así la ha», se resume con la frase de Pucheta.

Después de tanto ruido... sólo viento.



Decíamos ayer...

Decíamos, y probábamos, que *Sangre y Arena* es un campo pródigo en gazapos, en donde sin armas ni puntería se pueden cobrar buen número de piezas.

Un gramático puede sacar ejemplos de todos los vicios é incorrecciones de lenguaje con sólo leer cualquier obra del *eminente* literato, de esas «que sirven para la enseñanza del castellano en Francia, y para el perfeccionamiento del idioma en la América del Sur».

Sí, lectores. Y como sería imposible dedicar todo el tiempo que la caza requiere, y el espacio que otros asuntos reclaman, apuntaremos á la ligera alguno de los lunares que más gracia nos han hecho.

«Había que corresponder.» Esto no merece la pena.

«Los besaba *mojándolos* con gruesas lágrimas.» Nuevo sistema de besos *gerundianos*.

Gallardo cuando iba á las capeas, llevaba «chichones en la cara», contra la opinión de los médicos que sostienen que sólo pueden producirse en el cuero cabelludo.

La *masculinización* «del más vivo escarlata», me produce un «escalofrío de respeto». Y quien diga que *la escarlata* es femenino, merece «rumiar el pan duro», pena con que Blasco castigó á *Gallardo* en su juventud.

Después de «las fiestas del Santo Patrón», que deben ser del «Santo Patrono», leemos la siguiente injusticia:

«¡Ay de las uvas, de los melones y los higos!» Vamos á ver: ¿por qué los higos han de ser menos que las uvas y los melones, para que usted les quite su preposición *de* que por su clasificación le corresponde?

O la *de* se tira para todas las frutas, ó no se tira para ninguna.

La generosidad del alcalde, no es «generosidad municipal». El alcalde es autoridad municipal, pero su generosidad no es «municipal». En todo caso, si el alcalde socorre á los aprendices de torero, podrá usted hablar de la «generosidad del representante del municipio».

Luego viene un «reconfortado», que ya estará bien en «confortado» simple; llama á las capeas «novilladas» en su deseo de confundirlo todo.

«Moviendo arrogantes los brazos.»

No va bien; si el movimiento es el arro-

gante, habrá de decir: «moviendo arrogante los brazos.» Si son éstos los arrogantes, tendremos; «moviendo los arrogantes brazos», ó «los brazos arrogantes».

La superstición de la *bicha* está muy mal traída. Y, además, la *conjuración* la explica pésimamente.

«Y convulsivamente cerró los dedos centrales, avanzando el *índice* y el *meñique* en forma de cuernos para conjurar la mala suerte.»

Vamos á ver si es verdad. Las manos tienen cinco dedos, hasta la hora presente, á saber:

Primer dedo, llamado *pulgar*.

Segundo dedo, álias, *índice*.

Tercer dedo, apodado, *del corazón*.

Cuarto dedo, titulado, *anular*, y

Quinto dedo, vulgo, *meñique*.

Los dedos centrales son el 2.º-3.º-4.º

Si cerramos éstos no podemos avanzar el *índice* y *meñique* (2.º-3.º). Por lo tanto no se cierran los dedos *centrales*. Esta equivocación la ha tenido Blasco porque habrá hecho el experimento en una mano con cuatro dedos.

¿Qué el tambor no es tropa? ¿Qué el pulgar no es dedo?

«Las que escriben *sobre torero*.» Ya hablamos de esto.

«Sería él el muerto.» Major oído, maestro.

«Acabar con él por medio de un golleta-

zo traidor.» ¿Si creará el *eminente* que caben los golletazos *nobles*?

«Una mala desgracia.» Las desgracias siempre son malas.

«Las vecinas hacían *la la* corte.» Con un verbo castellano se hubiera evitado el galicismo y ese *la-la* tan armónico.

Vienen á continuación «joyas estrepitosas», fabricadas, por lo visto, en Estruendópolis, y unos *borlajes* callados.

«Adoptando un aire de *buen* príncipe.» Correctamente francesa es la frase.

«Había *que* conservar.» ¡*Que* bueno!

«Muchedumbre de naciones tristes.» ¡*La órdiga!*

«El Mentor», «dios», «el hombre-dios.» Emplea usted sin ton ni son las mayúsculas, y luego á Dios, y al Hombre-Dios, les deja con minúsculas. ¿Es acaso la minúscula para Dios consecuencia de sus creencias de descreído?

«Vagorosa.» Sí; ya nos lo ha dicho una docena de veces.

«Tropas de bestias.» «Las tropas siempre son de hombres.» Pero á este novelista que habla de «rebaño de hombres», se le puede perdonar que lo confunda todo.

«Hiciese frente á las gentes.» Una frase muy musical.

«Arrullos gatunos.» No arrullan los felinos.

¿Y qué me dicen ustedes de una «belleza

ruidosa» y de un oro que brilla con «estallido escandaloso»?

También tenemos «callejuelas de azul empedrado».

Me gustaría ver una calle pavimentada de lapislázuli.

«Nublóse. Palideció la sábana de oro.»
Hombre, de oro no sería.

«Esperaban *antè*.» Fino tiene el oído nuestro hombre.

—«¡Eeee!... Entra.» Así dice Blasco que decía *Gallardo* para que el toro le embistiera. Así lo dicen, por lo menos, los chicos cuando juegan «al toro».

Gallardo da «mujidos».

«El público continúa dando aullidos.»

No se extrañen los lectores. Esto es *l'auca* del mundo al revés.

Blasco tropieza luego con los tacones de unas babuchas, y por eso, en su aturdimiento, nos *coloca* otra vez la *vagorosa* é inventa el verbo *decepcionar*.



Ya amaina

El Sr. Blasco tiene mal surtida la despensa de los adjetivos. Dos ó tres botes con *inmensos* y *enormes* y pare usted de contar.

La «enorme pesadumbre».

«Un aullido inmenso.»

«Inmensos territorios.»

«Inmensas llanuras.»

«Una enorme cabeza de toro.»

«Con unos cuernos enormes.»

Al contemplar esta «enorme astamenta».

Gallardo, nuestro maleta, siempre viajaba en segunda. Así lo afirma el Sr. Blasco en términos generales al comenzar la novela.

Pero más adelante, la única vez que mete en el tren al matador, vemos que ocupa un coche de primera.

Y es que, como escribe las novelas «de un tirón», no se acuerda de lo que ha dicho con anterioridad.

Y donde digo digo, no digo digo, que digo Diego.

«Un barbuquejo», en castellano se dice «barboquejo». Y no es errata, que lo escribe de igual modo cuantas veces emplea la palabra.

Las erratas las salvo, aunque tengan tanta gracia como unos *pecadores* ó *picaderos* por picadores.

«La garrocha, de fina y resistente madera, con una *pelota* en su remate.»

Pues no es pelota: es *limoncillo* por afectar la forma del limón.

Cuantos montan á caballo son para el señor Blasco, ó montaraces ó centauros. Y, como siempre, lo repite cien veces. Montaraz, centauro; centauro, montaraz...

Hasta el mayoral de una ganadería, que accidentalmente se halla en Madrid, y que no tiene por qué montar, es llamado centauro...

Este hombre aprende las muletillas en viernes...

Tengo que advertir al eminente escritor, que un «parentesco ilegítimo», no es parentesco.

«Y no volvía, pues *se* entraba en una sociedad.»

Ni el hecho de *entrar* en una sociedad es causa que i mposibilita la vuelta, ni el *se* hace maldita la falta.

Seguimos le lectura, y entre otras bellezas encontramos «oleadas de yerbacos» y

«anchos redondeles» de las gotas de agua que mojaban la calle.

El toro «se acercaba á *olisquear*». El verbo castellano á que usted se refiere se llama *oliscar*.

«Por entre los que le iban á los.» Esto es un verdadero empedrado de palabras.

Por si las «oleadas de yerbacos» no han hecho desternillar de risa á los lectores, nos suelta una «avalancha de polvo, patadas, bufidos y cencerros». ¡Gran derroche, señores!

«Vivía de reunir á las bestias.» ¡Ah!

«Una callejuela, en mitad de la cual estaba colocado el cajón de viaje.»

No se dice «en mitad». En castellano se dice «en medio». Mitad indica cantidad siempre.

«Parecían gigantescos (los jinetes) en la *obscuridad...* con la lanza baja.»

¡Lo que vió el hombre en la obscuridad!

Casi nada: unos jinetes que parecen gigantes con la *lanza baja...* y un concurso de *aes* en el que se presentan cinco á optar el premio.

«Las bocas abiertas de los espectadores... tragaron varios *golpes* de polvo.» Así, en francés. Bien les está á los espectadores. Por tontos; por tener la boca abierta como el Pámpamoscas.

«Trotaban pesados y ágidos á la vez.» Así, para que te confundas pensando en la razón de la sinrazón.

«Su hermana (la de Gallardo) le daba (á éste) un beso con gesto de terror, como si fuese á morir.» ¿Quién? ¿Gallardo, su hermana ó el paciente lector?

«Cuando se conoce una señora como esa.» A una, se dice.

«Era una oreja de toro que enviaba el matador como *testimonio* de su brindis.»

Ya nos dijo Morote que no se dan tales orejas. En las plazas en donde existe esta costumbre se dan al matador por su maestría, por su valor, por lo afortunado que ha estado en la muerte del bicho, y la oreja no la envía por «testimonio» de brindis.

También tengo que manifestar al señor Blasco que se dirá en castellano «carnecería» cuando estemos autorizados para escribir:

Salchicharía, gorraría, sombreroría, paraguaría, sombrillaría, alpargataría, zapataría, etc., etc.



VII

Lo que dicen los amigos

Camprodón, me has dado un palo
con ese discurso ameno;
yo te traje de hombre bueno
y me has salido hombre malo.

Los amigos del Sr. Blasco Ibáñez se han apresurado á salir á la defensa de *Sangre y Arena*.

Pero esta vez les ha salido un poco desigual, porque casi todos encuentran defectos en el libro.

Dice Morote:

«Blasco Ibáñez no ha sido jamás aficionado á los toros, y creo que no lo podría ser aunque se lo propusiera.

»Acaso los inteligentes encuentren en ello un defecto y se lo echen en cara.

»Ya se conoce, dirán, que Blasco no entiende de toros.

»A las primeras páginas de *Sangre y Are-*

na comete errores imperdonables. Habla de memoria, como el que se preparó á ser tau-rófilo con el exclusivo objeto de escribir su libro. ¡Habrà escàndalo y habrà profanación! ¡Pues no supone que el *Espartero* llevaba un traje de luces *color rojo* la tarde de su cogida y de su muerte, cuando todo el mundo sabe que iba con *traje verde!* ¡Pues no supone que en la plaza de Madrid, en la plaza de Madrid, señores, en que todo es seriedad, se dan las orejas de los toros á los matadores, cuando jamás hubo aquí tal costumbre! Eso está bueno para las plazas de provincias... ¿Dónde ha aprendido cosas de tauromaquia el ilustre novelista? ¿Dónde habrá ido á *documentarse?* Como esos renuncios se podrían citar á centenares...»

Dice por su parte el joven *Nazary* en *El Pueblo*:

«*Hacen falta críticos.* Alguien ha dicho que los que hay son muy benévolo y *que nada perjudica tanto á un escritor como la benevolencia de los críticos.* Es verdad. ¿Y no es por esto por lo que son muchos los que escriben y pocos los que debieran escribir?...

.....
Ya sé que no ha de faltar quien salga, gramática en mano, á decirnos que Blasco puso *que* en vez de *de* y otras cosas por el estilo.

Confesaremos que la obra, como casi todas las de Blasco, tiene incorrecciones de len-

guaje; pero hay que tener en cuenta que Blasco es un temperamento cálido, impetuoso, que improvisa. *Y escribe las novelas*—permítasenos la hipérbole—*de un tirón*. Una obra de acción intensa, de vida real y palpitante, cuyo lenguaje sea algo descuidado, no podemos en modo alguno rechazarla.

... es tan cálido su estilo, tan rico en imágenes admirables, que todo nos parece nuevo, original, hermoso... Por eso *no notamos en la primera lectura los descuidos que tiene*.

Y he aquí por qué Blasco descuida el estilo. Al igual de Trigo, Blasco no debe *ni siquiera repasar las cuartillas*.»

Otro escritor, de fama bien cimentada, el Sr. Gómez de Baquero, ha elogiado, sin los distingos de otras veces, la última novela del Sr. Blasco Ibáñez, en un artículo que ha publicado *El Imparcial*, periódico del *trust*, á quien sirve el autor de *Sangre y Arena*.

Este artículo da seguramente prestigios al Sr. Blasco; pero se los quita el Sr. Gómez de Baquero, el cual, después de elogiar tan exageradamente la novela, tengo la seguridad de que no se atrevería á firmarla...

Para que afirmara la «documentación» de la novela se echó mano del revistero taurino de *El Mundo*, que firma *Dulzuras*, y este revistero, consecuente con su apellido, dice que todo lo encuentra muy bonito...; pero hace salvedades.

«En la descripción de un acoso de reses

encontrarán los que se fijan en mínimos detalles algunas fantasías...»

«El Espartero *no vestía de grana y oro* la tarde que murió. Los espadas *no pueden en los corrales elegir sus toros*, ni han podido nunca. Antes designaba el ganadero el orden de lidia, y hace diez y seis años se sortean. *El encierro tampoco se hace en Madrid en la forma descrita*, y no sé si habrá ocurrido alguna vez; pero *creo completamente inverosímil* el hecho de que la mujer de un espada vaya á la Plaza y ande por los corrales cuando se está celebrando la corrida.»

«Taurinamente es la *primera* obra de cierta *altura* que se ha hecho con menos *ridicules.*»

Otro amigo del Sr. Blasco, D. Rafael Urbano, dió una conferencia en el Ateneo de Madrid, de la que sólo dió cuenta un periódico, pues todos los demás callaron como muertos. De dicho periódico entresacamos unos párrafos:

«Esta vez, el tecnicismo del ilustre novelador no ha «persuadido» completamente al Sr. Urbano. Por otra parte, el Sr. Urbano—lector paciente y escrupuloso tamizador—*ha recogido, en prolijo espiguelo, ciertos lunares de veracidad y de exactitud*, que á él le parecen bien impropios de un relato concienzudo y exacto de las cosas taurinas. Finalmente, el Sr. Urbano estima que *Sangre y Arena*, composición precipitada con elementos abun-

dantes y varios, y colección de figuras dibujadas con imágenes superpuestas, es libro *más bien escrito mirando allende los Pirineos que publicado para deleite de la gente española.*

No obstante lo cual, y sin perjuicio también de hacer constar que esta obra no es la mejor del Sr. Blasco (á juicio del disertante) y que *tampoco quedará como la novela del toreo, ni de la fiesta de los toros...*»

En el pecado de la conferencia llevó el Sr. Urbano la penitencia del silencio de los rotativos, sean del *trust* ó no. Si hubiera elogiado el libro del Sr. Blasco, otro gallo le cantara.

El último que comparece, el capitán Tormenta, de *España Nueva*, no es amigo del Sr. Blasco; avisémoslo para no sorprender á nadie, y copiemos:

«Jamás libro alguno fué tan jaleado por los que en las columnas de la Prensa oficial de Aristarcos; el escarpelo no muerde; antes bien, acaricia con un servilismo que da náuseas. Según los pontifices de nuestra literatura, *Sangre y Arena* es la pintura mural de nuestras costumbres, hecha de mano maestra. *Sangre y Arena* es la representación moral del pueblo español allende el Pirineo; *Sangre y Arena*, en fin, es la suprema visión de nuestros usos; es la quintaesencia de nuestro carácter aventurero, soñador y apasionado.

Desde hoy, España es un país de pande-reta; Gautier lo dijo, y Blasco Ibáñez lo corrobora. España es un inmenso redondel, en el que 18 millones de habitantes baten palmas, rugen y gritan ante las proezas ó los desaciertos de cuatro muñecos vestidos de seda y oro.

Sangre y Arena traspasará las fronteras, no lo dudamos; su autor la ha vaciado en moldes de fácil exportación. Y, una vez más, España aparecerá vestida ante ojos extraños, con los falsos oropeles que tanto daño nos han hecho; la novela no podrá ser real, pero el éxito en las librerías queda asegurado.

Por lo demás, dentro de España, la última novela de Blasco Ibáñez será una decepción para todos: para los aficionados á toros, porque los mismos panegiristas del gran escritor confiesan su incompetencia y sus defectos en este terreno, y para los que no lo son, porque la novela es falsa, artificiosa, y á ratos ridícula; esta es la opinión de un lector, que no aspira á ser crítico.»



VIII

Bomba final

Cuando iba á cerrar estas líneas cae en mis manos un folleto escrito al parecer por un sevillano, que en esta ocasión es de pura ley, que se titula: *Acontecimiento literario—La novela «Sangre y Arena» (publicada en 1908) del señor Blasco Ibáñez ¿es una imitación «Niño Bonito» y «El Espada» (novela del toreo) publicadas en 1905 por Héctor Abreu, ó es una coincidencia?, por el Doctor Pardales.*

Y el lector, leídos los antecedentes, escritos en correcto castellano, contesta que es una imitación-escandalosa.

No voy á destripar el folleto del «Doctor Pardales» para que los lectores se enteren de los autos, que no tienen desperdicio; pero deseo extractar algunos de los cargos que contra el Sr. Blasco aparecen en este proceso.

Que le falta á *Sangre y Arena* ambiente andaluz y revela que su autor no ha visto

muchas cosas; que en las capeas de los pueblos no se lidian toros viejos; que en los cortijos ni se matan ni se lidian toros; que los que arrear los cabestros no son pastores; que los cortijos no tienen olivares ni en los prados de los cortijos hay cabras.

Que hace apreciaciones inexactas al hablar de las mujeres de Sevilla; que las perneras que Blasco llama *zajon*, es *zahon*; que *barbuquejo* es barboquejo; que ni los socios del *Cuarenta y Cinco* son cuarenta y cinco, ni sus criados gastan casacas ni medias de seda, ni allí van los toreros...

«Si de noche todos los gatos son pardos, bien está todo lo que el autor de *Sangre y Arena* describe sobre las cofradías... es pintoresco y apropiado para que lo lean extranjeros.»

Vamos á poner á doble columna las *coincidencias* de *Sangre y Arena* con *Niño Bonito* y *El Espada*.

El Espada (1905)

Sangre y Arena (1908)

Carmelo Reyes es hijodel pueblo; su padre es un yegüerizo.

Juan Gallardo es hijo del pueblo; su padre es zapatero.

Carmelo anda por campos, en los tentaderos, capeas y mataderos.

Gallardo hace lo propio.

Le da fama la muerte de un toro.

Idem de lienzo:

Desde que toma la alternativa le llueven contratas.

Pues lo mismo digo.

Su mozo de estoques fué un maleta y las silbas del público le hicieron retirar.

De acuerdo, compadre.

El Dr. Pardales, médico de los toreros, es anarquista.

Lo mismo que el Dr. Ruiz.

Viaja á menudo, para ver corridas y curar á los toreros.

Por no ser menos, el Dr. Ruiz hace otro tanto.

Carmelo sale en las Cofradías vestido de Nazareno.

Y Gallardo también.

Carmelo se enamora de una mujer, de Beatriz.

A Gallardo le gusta D.^a Sol. Aquí ya no *coincide*... el nombre.

Esta es rubia.

¡Y ésta!

Es francesa, aun-

Es española, pero

que de origen y gustos españoles.

En un cerrado, Reyes hace tales proezas, que Beatriz se rindió.

Beatriz tiene la nuca blanquísima, y le cae el nudo de su cabellera, parecido á un penazo de mazorca.

En esta novela hay un largo discurso referente á la historia del torero.

Por boca de los personajes, se citan las fuentes de donde ha sacado los datos.

Después de este capítulo, en el saladísimo folleto del *Doctor Pardales* vienen nueve páginas, á dos columnas, llenas de plagios re-
hechos de Niño Bonito y El Espada.

con levadura extranjera (tampoco aquí coinciden los autores).

En otro cerrado, *por variar*, Gallardo hace proezas, y doña Sol se enamora (ó lo que sea) del torero.

Doña Sol también tiene blanquísima la nuca, pero los pelos que le caen son de oro, y además, locos y rebeldes.

Igual discurso tenemos aquí.

Aquí no coincidimos, porque el autor no lo dice y los da como cosa propia.

¿A qué seguir?

Blasco Ibáñez, como su personaje el Plumitas, montó en la jaca, empuñó la carabina y se fué á correrla por los campos de Andalucía. Acertó á pasar por la carretera el señor Abreu con los valores de sus novelas, y el Plumitas de la literatura no se las robó, pero sí las *fusiló*, que esta es la palabra.

De modo que podemos exclamar:

«¿Ves esa horrible criatura,
chato, pelón, sin dientes, estevado?
¡Pues lo mejor que tiene es la figura!»

Porque el Sr. Blasco, que ha tomado el argumento y la documentación del cercano ajeno, sólo le ha puesto de su cosecha los desatinos «y las faltas de ortografía».

¡El colmo, caballeros!



IX

Carta abierta

Recibo á última hora una larguísima carta, firmada por *Un socio del Circulo de labradores* de Sevilla.

Como en ella se apuntan algunos desaliños que únicamente los sevillanos pueden notar, voy á extractarlos, rogando al autor que perdone si no publico íntegra su carta al mismo tiempo que le doy las gracias más expresivas.

Dice así:

1.º «La psicología de Gallardo es falsa. Nadie ha de creer en el miedo que el torero siente en la calle, cuando es todo lo contrario. Ya lo dice el cantar:

Al hombre que se enamora
le pasa lo que al torero:
en la calle mucho rumbo
y en la plaza mucho miedo.

2.º En Andalucía no decimos pernales, sino perniles.

3.º Describe minuciosamente el acto de vestirse Gallardo; recomienda éste que le aprieten bien los machos y se le olvidan los tirantes...

4.º Los toreros no llevan la montera en la mano cuando van á brindar. Se la quitan en el momento de empezar el brindis.

5.º El toro no ruge: muge.

6.º La figura de la rana vestida de seda y oro es de pésimo gusto y ha causado gran disgusto á los aficionados y toreros.

7.º El talabartero diría «mi mujer» y no «mi señora». En Cádiz se llama «mi señora» á la que no lo es.

8.º «Si te viera el pobre de pare.» La señá Angustias debió decir: «Si te viea er probesito e tu pare». Errores de sintaxis y ortografía andaluza los hay á miles.

9.º En Sevilla se dice mantón y no pañolón. En Cádiz sí se dice como Blasco quiere, pero en la novela habla un sevillano en la propia Sevilla.

10. Aquí no hay nadie que llame gorro al sombrero de señora, y hasta creo que para la mayoría se desconoce el significado de la palabra.

11. El Sr. Blasco no ha entendido lo que es la costumbre de «cobrar el piso» y lo ha dicho al revés.

12. *Montañés* no es el apodo del taberne-

ro á que se refiere el Sr. Blasco. Aquí llamamos *montañeses* á todos los que venden vino.

13. Lo que en un chaquetón le pareció á Blasco que eran remiendos, son refuerzos y adornos. Los chaquetones por nuevos que sean llevan esos... *remiendos*.

14. Insulta Blasco grandemente á los socios del Club de los *Cuarenta y cinco* al asegurar que todos son tan brutos como Gallardo. Conste que Blasco alude al Círculo de labradores y propietarios de Sevilla, donde se reúne la gente más distinguida de la capital, por su origen, por su talento y por su dinero.

¿Cómo estos señores han de estar al nivel de la ilustración de Gallardo?

15. También es falso el tipo del apoderado de Gallardo. No hay ningún *señor* que se dedique á eso. Cíteme Blasco un solo aristócrata que sea apoderado de un torero.

16. Los nobles andaluces no hablan tan mal como los toreros. El marqués de Moraima no puede decir *probe*. Eso queda para la gente ordinaria.

17. «Bestia...» «animal mío» no se lo deja llamar ningún torero, por enamorado que esté.

18. Nadie llama aquí *la Macarena* á la Virgen de la Esperanza. Blasco ha confundido las islas británicas. Ha oído campanas y no sabe dónde.

19. En la Macarena no hay jardines ni

jardineros; lo que hay es huerta espléndida. Por eso á los que cultivan estas tierras, que forman la Hermandad de la Virgen, se les llama *los cebolleros*. ¿Cree el Sr. Blasco que en los jardines se cosechan cebollas?

20. «Santísima Macarena.» Ya he dicho que Blasco no sabe lo que se pesca.

21. La Cofradía de San Lorenzo, de cuya iglesia sale nuestro Padre Jesús del Gran Poder, no se llama del silencio. Se llama así, á la de San Antonio Abad.

22. Ni los nazarenos tocan las trompetas, ni éstas son de cobre.

23. No son únicamente las mujeres devotas del Señor del gran Poder. Toda Sevilla tiene fe en la bendita imagen.

24. Nos dice que el *Miserere* de Eslava «esparcía sus alegres melodías italianas», y á continuación añade que es una composición andaluza. El mismo se desmiente.

25. También cuenta que los *armados* acampan en todas las tabernas durante la procesión, y vuelven á casa completamente borrachos; pero luego afirma que «los *armados*, por no perder su guerrera disciplina, marcan el paso sin moverse de su sitio cuando hace un alto la procesión». ¿En qué quedamos?

25. La Cofradía de San Gil sale á las tres de la tarde, y no á las doce. Las de San Lorenzo y San Antonio Abad salen á las dos.

26. Ya he dicho que los nazarenos no tocan las trompetas; pero Blasco insiste en que sí, y en «que se llevan la boquilla del instrumento á un agujero del antifaz». En el antifaz sólo hay dos agujeros que corresponden á los ojos.

27. Un gitano que huele á viruelas es cosa rara. ¡Qué olfato el de Blasco! ¿A qué olerán las viruelas?

28. Las Cofradías desfilan por las calles de Sevilla por riguroso orden de antigüedad, y por lo tanto es pura fantasía el que los *armados* de la Macarena tengan que tomar «con belicosa astucia» la bocacalle de La Campana. Si alguna Cofradía no llega á La Campana á la hora que tiene indicada pierde el turno y se adelanta la que le sigue.

29. «La Giralda, fantasma azul.» Es de ladrillo sin argamasa que la cubra. ¡Ah! El ladrillo no es azul.

30. Las túnicas de los *nazarenos* no son puntiagudas. Las caperuzas sí lo son, y las colas, si las tienen, también.

Nuestro incógnito colaborador continúa apuntando cargos; pero me veo precisado á cortar por no hacer interminable este folleto.

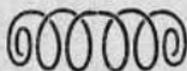
Hay otros cargos que me dejo en el tintero, porque se refieren á los toques naturalistas que Blasco suele emplear en sus libros para que los compren los soldados.

No he de escribir palabra de ellos, aunque se me ocurre aquello de

«Es corruptor del lenguaje
y es corruptor de menores».

Nada, ni una palabra.

Esas cosas, que no huelen á rosas, como decía el buen Sancho, no se deben remover, porque «peor es meneallo», que dice un colega, venga ó no venga á pelo.



Para terminar

Los amigos de Blasco, el *Doctor Pardales* y el socio del Círculo de Labradores de Sevilla, me han distraído de tal modo que he dejado en paz al Sr. Blasco Ibáñez, por mi cuenta, hace un buen rato.

En el análisis de tonterías sólo he llegado al primer tercio del libro, que en tauromaquia equivale á la suerte de varas, y de ella no tengo ganas de pasar.

Hemos de tener en cuenta que las funciones del *Parranda* están en el primer tercio, y que terminado éste, me retiro al patio de los caballos despanzurrados á ver si tienen compostura los rotos y descosidos de *El Espada* y *Niño Bonito* que, según dicen los veterinarios, han quedado moribundos.

Hagamos un resumen como en las corridas:

Forma literaria.	00
Gramática.	00
Originalidad.	00
Documentación.	00
Verdad «histórica».. . . .	00
Verdad taurina.	00
Inspiración.. . . .	00
	<hr/>
Total	00

Libros arrastrados, dos.

El presidente (que es el respetable público) durmiéndose en las suertes.

Entrada, un lleno.



Fe de erratas

Dejo esta misión á EL
PEQUEÑO BELCEBU,
que, cuando no tiene qué
hacer, caza erratas con
===== el rabo. =====



INDICE

Cubierta. (Caricatura á dos tintas).	
Anteportada.	1
Portada.. . . .	3
Renuncia.	4
I. Una corrida... en pelo.. . . .	5
II. ¡Eh, á la plaza!	13
III. La lidia.	19
IV. El parto de los montes.	25
V. Decíamos ayer...	29
VI. Ya amaina.	35
VII. Lo que dicen los amigos.. . . .	39
VIII. Bomba final.	45
IX. Carta abierta.	51
X. Para terminar..	57
Fe de erratas..	59

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE
FOLLETO EN EL ESTABLECI-
MIENTO TIPOGRÁFICO DE
MANUEL PAU EN EL
MES DE JUNIO
DEL AÑO
MCMVIII





ANUNCIO



Los pedidos se dirigirán al señor Administrador de LA VOZ DE VALENCIA, calle de En Blanch, letra A, Valencia

Folleto de José Navarro Cabanes

DE VENTA EN LAS LIBRERÍAS

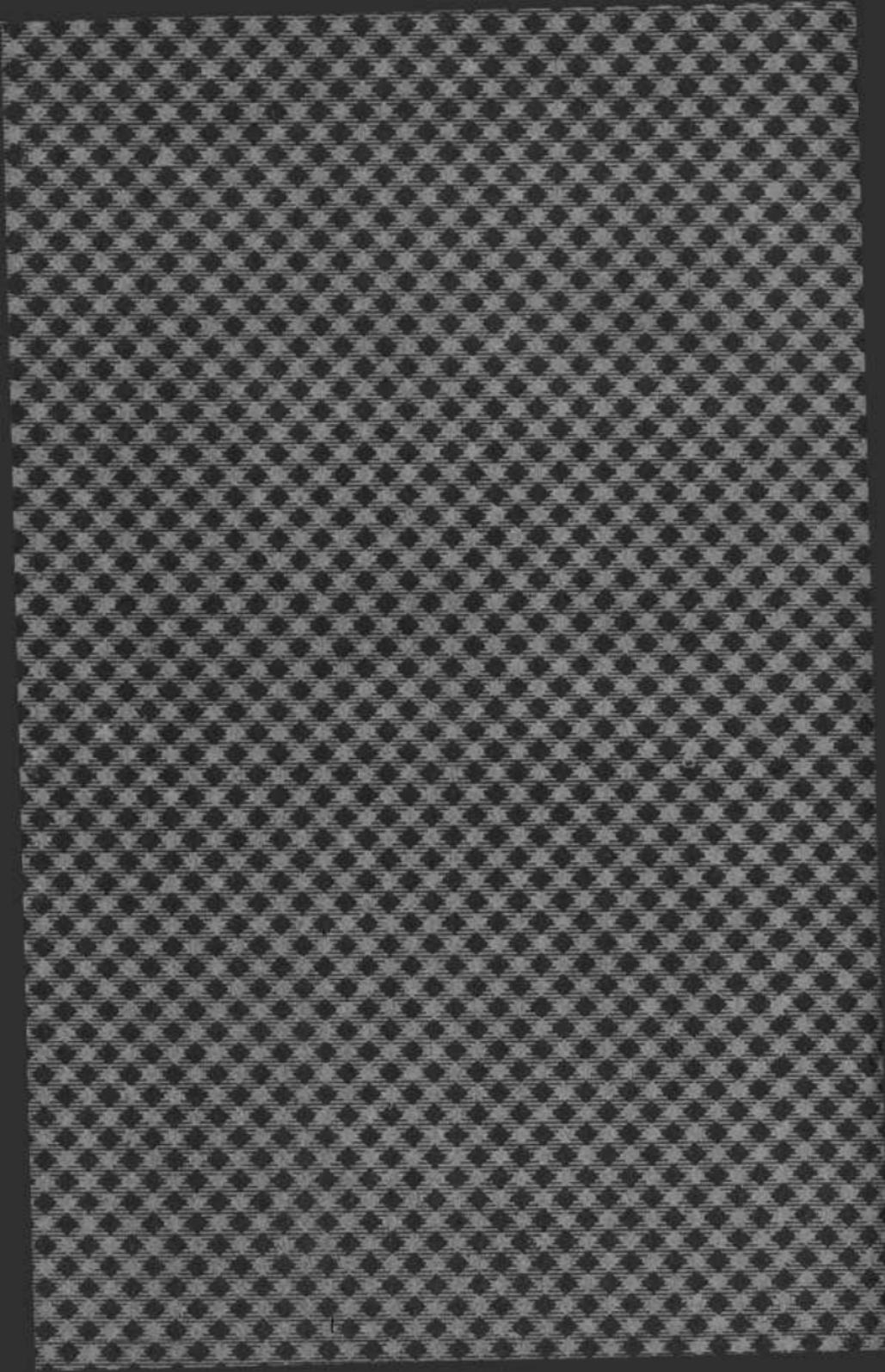
	<i>Plas.</i>
Oratoria monesipal. Monólogo irrepresentable, tejido á mano por un <i>Auditor resignado de latas consistoriales</i> . Segunda edición. Cubierta en colores, de <i>Folchi</i>	0'30
Después de leer Oriente. Horrores de una indigestión de lectura, relatados por <i>Mostacill</i> . Cubierta en colores, de <i>Mustafá</i>	0'50
Bajonazos al idioma. Mojiganga de crítica «económica», por <i>Un Parranda</i> . Cubierta en colores.	0'50

EN PREPARACIÓN

Monesipaleries. Colección de anécdotas concejiles, rigurosamente históricas.

Del plagio al hurto. Un viaje al país de las «rapsodias» literarias, artísticas y musicales.





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

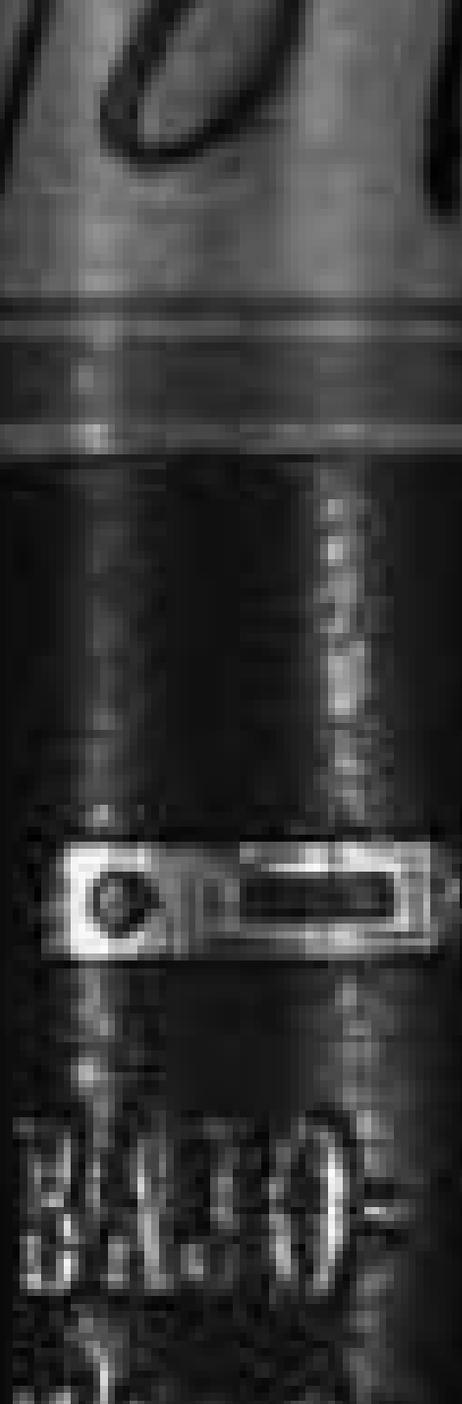
BIBLIOTECA

Pesetas

Número.	187	Precio de la obra
Estante .	1	Precio de adquisición
Tabla . .	4	Valoración actual
Número de tomos	



THE UNIVERSITY OF CHICAGO



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS

PHYSICS